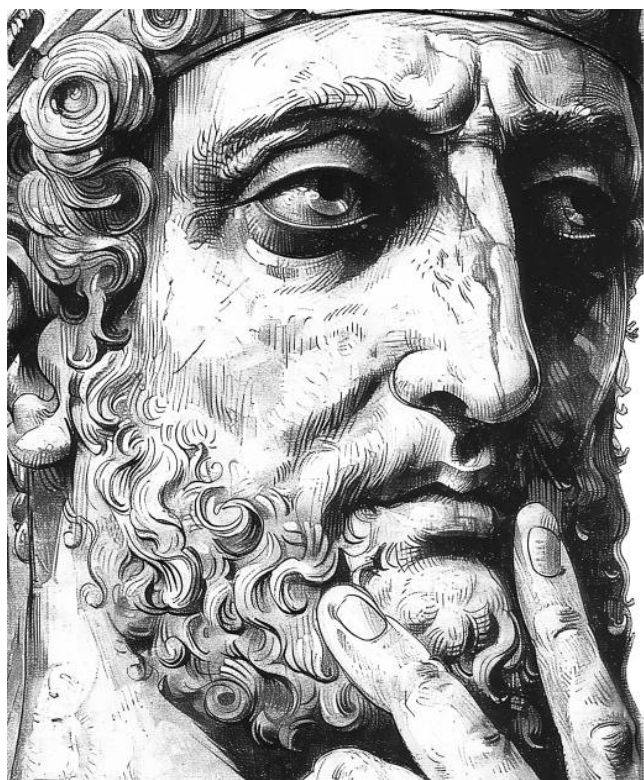


COLECCIÓN
LAS MEJORES
TRAGEDIAS GRIEGAS



PRIMEROS CAPÍTULOS PROMOCIONALES



LAS MEJORES TRAGEDIAS DE SÓFOCLES



MESTAS EDICIONES

Colección
LAS MEJORES
TRAGEDIAS GRIEGAS

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>

© Traducción: Luna Forum S.A.
Correcciones: L.T.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Diseño de cubierta: Mestas Ediciones

Primera edición: *Octubre, 2024*

ISBN: 978-84-10067-35-6
Depósito legal: M-18694-2024
Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

En la Antigua Grecia, donde los destinos se entrelazaban con la voluntad de los dioses y las pasiones humanas desencadenaban conflictos épicos, cada tragedia exponía las profundidades del alma humana, revelando su fragilidad frente a fuerzas incontrolables.

Imagina que estás paseando por las estrechas calles de Atenas, entre templos majestuosos y mercados bulliciosos. La época en la que Sófocles escribió sus tragedias, aproximadamente entre los siglos V y IV a.C., es conocida como la **Era Clásica** de Grecia, un periodo marcado por el florecimiento de las artes, la filosofía y la política. Atenas, la ciudad natal de este extraordinario dramaturgo, era el epicentro de este esplendor cultural. Gobernada por una democracia única en su tiempo, la polis ateniense era un hervidero de ideas y debates. Aquí se sentaban a discutir figuras tan emblemáticas como Sócrates, Platón y Pericles. El teatro era uno de los pilares fundamentales de la vida pública, no solo como entretenimiento, sino como un espacio para la reflexión y la educación cívica. El teatro en sí era un espacio sagrado. Asistir a las tragedias no era un acto de ocio, era una experiencia colectiva que fortalecía los lazos comunitarios y fomentaba la introspección sobre los valores y principios de la sociedad. Sófocles, a través de sus diálogos y monólogos, narraba historias que empujaban a su audiencia a cuestionar su realidad y sus creencias. Las tragedias eran una herramienta poderosa para enseñar lecciones morales y éticas a través del cuestionamiento filosófico y ético

que utilizaban el destino y las decisiones de los personajes como espejos de la vida misma.

Dicho lo cual, nuestra primera parada en este libro será *Edipo Rey*, una obra maestra que nos sumerge en la profundidad de la búsqueda de la verdad y la tragedia de hallar el conocimiento. Estamos en el centro de Tebas, una ciudad azotada por la peste, donde todos buscan respuestas desesperadamente. Aquí es donde Edipo, el rey, emerge como un héroe determinado a salvar a su pueblo, sin saber que su mayor enemigo es la verdad que ansía descubrir. Desde el inicio, Sófocles nos presenta a Edipo como un hombre valiente y resolutivo, dispuesto a hacer cualquier sacrificio para liberar a Tebas del mal que la aqueja. La búsqueda de la verdad se convierte en su misión, y esta búsqueda es lo que lo eleva a la categoría de héroe trágico.

Antígona es una de las tragedias más profundas y desafiantes de la historia universal. Aquí la protagonista se encuentra en el epicentro de un conflicto devastador entre dos fuerzas irreconciliables: la ley de los hombres, representada por su tío, el rey Creonte, y la ley de los dioses, que ella misma personifica con una valentía sin parangón. Este enfrentamiento no es meramente un choque de voluntades, sino una batalla filosófica y ética sobre la naturaleza de la justicia y el lugar del ser humano en el cosmos.

Electra, por último, es, si lugar a dudas, una de las obras más intensas y emotivas del autor. Electra es una mujer atormentada por el dolor y la injusticia, que lucha por mantener viva la memoria de su padre y busca desesperadamente vengar su muerte. Su tragedia es un relato de venganza y a la vez un profundo análisis de la justicia y los conflictos familiares que desgarran el ser. La venganza es el motor que impulsa a la protagonista. Su vida está dedicada a este propósito, y su sufrimiento se convierte en un grito constante de protesta contra la impunidad.

Una característica esencial de la tragedia griega es la estructura formal que suele seguir. Las obras tienden a dividirse, de

una u otra manera, en cinco partes principales: **prólogo, párodos, episodios, estásimos y éxodo**. El *prólogo* introduce el tema y los personajes, situando al espectador en el contexto adecuado. En la *párodos*, el coro hace su entrada, ofreciendo una perspectiva colectiva y a menudo anticipando los eventos. Los *episodios* son las escenas en las que se desarrolla la acción principal, con diálogos intensos y conflictos cruciales. Entre cada episodio, los *estásimos* proporcionan una pausa reflexiva a través de los cantos del coro, que comentan y profundizan en lo que ha sucedido. Finalmente, el *éxodo* cierra la tragedia, resolviendo la trama y dejando al público con una enseñanza o reflexión.

El coro es una pieza clave en la tragedia griega. No se trata de un grupo de actores que cantan y bailan, aunque lo sean; más bien es un personaje colectivo que guía al espectador a través de la historia. El coro representa la voz de la comunidad, ofreciendo comentarios, interpretaciones y a veces, respuestas a las preguntas planteadas por la trama.

En cuanto a los temas, la tragedia griega a menudo aborda **el destino y la fatalidad**. Los personajes trágicos suelen ser *víctimas de un destino que no pueden eludir*, a pesar de sus esfuerzos. Esta lucha contra lo inevitable es lo que les confiere intensidad y profundidad emocional. No son malvados, son humanos con defectos que los llevan a cometer errores trágicos fatales o *hamartia*. Este concepto es crucial para entender el impacto de la tragedia: el público presencia la caída de un personaje, al tiempo que se ve reflejado en su humanidad y sus debilidades. La odisea de dolor que presenciamos llevará al protagonista a la *nósis*, la noción de que el sufrimiento conduce al conocimiento. En muchas tragedias, los personajes alcanzan una revelación o comprensión crucial tras enfrentarse a su destino. Este conocimiento, aunque doloroso, es esencial para la redención y la *catarsis* o purificación necesaria. Nosotros, los espectadores, sufrimos ese viaje y sentimos en nuestras propias carnes ese dolor y ese aprendizaje. Ese es el valor de este tipo de teatro.

El editor

EDIPO REY



Edipo ha sido rey de Tebas durante años después de resolver el enigma de la Esfinge. La ciudad ahora sufre una plaga devastadora, y el pueblo, desesperado, acude a Edipo en busca de ayuda, quien envía a su cuñado Creonte al oráculo de Delfos para averiguar la causa de la calamidad.

PERSONAJES

EDIPO, rey de Tebas.

YOCASTA, su mujer.

CREONTE, su cuñado.

TIRESIAS, un profeta ciego.

SACERDOTE

MENSAJERO

MENSAJERO DE LA CASA

PASTOR DE LAYO

CORO DE ANCIANOS TEBANOS



La escena transcurre delante del palacio de EDIPO, en Tebas. En las gradas del altar hay un grupo de ancianos y jóvenes Están sentados en actitud suplicante y llevan ramas de olivo. El sacerdote de Zeus avanza solo hacia el palacio. EDIPO sale. Lo siguen dos criados. Tras contemplar al grupo en silencio, les dirige la palabra.

EDIPO: Hijos, jóvenes hijos e hijas del antiguo Cadmo,^[1] ¿por qué os sentáis ante mí con vuestras coronas suplicantes?^[2] La ciudad está cargada de cantos y aromas, vagidos e incienso; y yo, que no considero justo oírlo de labios de otros mensajeros, he venido en persona, yo, Edipo, a quien todos llaman el Grande. *(Se vuelve al sacerdote.)* Tú eres anciano y eres joven; ven y habla en nombre de todos. ¿Qué teméis o deseáis para sentaros en actitud suplicante? Sin duda deseo concederos todo aquello que podáis necesitar. Sería muy insensible si no me compadeciese de suplicantes como estos.

SACERDOTE: ¡Oh, Edipo, rey de mi país! Ya ves a quienes estamos en torno al altar; ves nuestra edad: algunos, como estos, aún sin

[1] Fundador mítico y primer rey de Tebas, ciudad situada en el centro de Grecia y donde tiene lugar la historia.

[2] Coronas de flores que llevaban aquellos que suplicaban favores a los dioses.

fuerzas para volar lejos; otros, pesados por la carga de los años; estos muchachos son los jóvenes elegidos, y yo soy el sacerdote de Zeus. Otros se sientan en el ágora coronados por sus guirnaldas de suplicante,^[3] junto a los dos santuarios de Palas^[4] y al templo donde Ismeno hace sus augurios al amor del fuego.^[5] Majestad, como tú mismo has visto, la ciudad está demasiado inquieta; apenas es capaz todavía de sacar la cabeza de las profundidades de la sangrienta ola. Un añublo devora las plantas fructíferas de la tierra. Una peste aqueja a los rebaños que pacen. Y un mal invade a nuestras mujeres secándoles los vientres. Un dios que acarrea el fuego, una pestilencia mortífera, aflige la ciudad y no nos perdona. ¡La morada de Cadmo se vacía mientras el negro Hades^[6] se enriquece entre suspiros y lamentos! No hemos venido como suplicantes a este altar porque te creyésemos un dios, sino por creerte el primero de los hombres en los sucesos de la vida y en las intervenciones de los dioses. Tú llegaste y salvaste nuestra ciudad liberándonos del tributo que pagá-

[3] Ramas tejidas con lana que se situaban en el altar y se depositaban allí hasta que se concedía lo que pedía el suplicante.

[4] Los dos templos de Atenea.

[5] Templo de Apolo, situado a la orilla del Ismeno, el río tebano nombrado así en honor al hijo de Anfión y Niobe, donde los sacerdotes estudiaban los dibujos de las cenizas de las víctimas de sacrificios para vaticinar el futuro.

[6] Inframundo de la mitología griega que se creía situado bajo la tierra o más allá del horizonte.

bamos a la Esfinge,^[7] la cruel cantora. Esto hiciste sin haber visto nada más ni haber sido informado por nosotros, sino con la ayuda de un dios salvaste nuestras vidas. Ahora, oh, Edipo, el mayor ante los ojos de los hombres, te imploramos los que aquí estamos que nos consigas ayuda tras escuchar un mensaje divino o que la obtengas de un mortal, pues he visto que perviven las obras nacidas de los consejos de quienes tienen experiencia. Nobilísimo tú, levanta nuestra ciudad y presta oídos porque esta tierra ahora te llama su salvador por haberla salvado. Que no recordemos solamente de tu reinado que vivimos en la prosperidad primero para caer. Levanta nuestra ciudad, sálvala. Nos procuraste una vez la fortuna con un feliz augurio. Sé igual en esta ocasión. Si vas a gobernar esta tierra como lo haces, mejor será que lo hagas con hombres en ella que no desierta, pues nada es una torre o una nave sin hombres que las habiten.

EDIPO: ¡Os compadezco, hijos! Acudís a mí porque anheláis algo que yo conozco bien antes de que me lo contaseis. Sé que todos sufrís y, empero, ninguno de vosotros sufre tanto como yo. Vuestras cuitas llegan solo a cada uno y a ningún

[7] La esfinge era un monstruo femenino alado de Tebas que devoraba a los hombres que no podían responder al siguiente acertijo: «¿Qué animal camina a cuatro patas por la mañana, sobre dos al mediodía y con tres por la noche?» Edipo salvó a Tebas al contestar: «El hombre, que gatea de pequeño, camina erguido cuando crece, y utiliza un cayado en la vejez.» Tras semejante humillación, la Esfinge quedó destruida y Edipo se convirtió en el rey de Tebas.

otro más. Mi ánimo se duele a un mismo tiempo por la ciudad, por ti y por mí. No me habéis despertado como a un hombre que sueña; sabed que muchas lágrimas he vertido y por muchos caminos he vagado en el curso de mis pensamientos, pero en mis reflexiones únicamente he hallado un remedio. Envié a Creonte, hijo de Meneceo, hermano de Yocasta, a Apolo, a su templo pítico,^[8] para que pudiese saber cómo he de hablar o actuar para proteger esta ciudad. Cuento los días y me inquieta qué estará retrasándolo, pues se marchó hace mucho más tiempo del necesario para tal viaje. Pero cuando llegue, sería yo un malvado si no cumplo cuanto el dios ordene.

SACERDOTE: Gracias por tus misericordiosas palabras. Tus siervos me indican por señas que Creonte viene.

EDIPO: Su rostro está radiante. ¡Oh, bendito Apolo!, quieras tú que sus nuevas arrojen luz sobre nosotros y nos traigan la liberación.

SACERDOTE: Son buenas nuevas, creo, pues de lo contrario no vendría con la cabeza coronada de frondosas ramas de laurel.^[9]

EDIPO: Pronto lo sabremos, pues está lo bastante cerca para oírnos. Príncipe Creonte,

[8] Santuario de Apolo en Delfos, al pie del monte Parnaso, en Grecia central.

[9] Las ramas de laurel simbolizaban el triunfo, y ceñirse una corona de laurel significaba que su portador traía buenas noticias.

hermano mío, ¿qué mensaje nos traes del dios?

(Entra Creonte.)

CREONTE: Uno bueno, pues las aflicciones, si llegan a buen puerto, pueden ser afortunadas.

EDIPO: ¿Qué quieres decir? Por tus palabras me nublan el entendimiento sobre si debo confiar o temer.

CREONTE: Si deseas escuchar mis nuevas ante todos, estoy dispuesto a hablar, o iremos dentro si lo deseas.

EDIPO: Habla a todos; que por ellos sufro más que por mi propia vida.

CREONTE: Te diré las palabras que escuché del dios. El rey Febo^[10] nos ordenó sin rodeos arrojar la lacra que mancilla esta tierra; arrojarla, dijo el dios, no cuidarla hasta que sea irremediable.

EDIPO: ¿Cuál es el ritual de purificación? ¿Cómo habrá de hacerse?

CREONTE: Con el destierro o la expiación de la sangre con sangre, pues es la culpa por el asesinato la que mantiene nuestra ciudad en esta tempestad destructora.

EDIPO: ¿Quién es el hombre cuyo sino el dios pronuncia?

[10] Dios del sol.

- CREONTE:** Señor, antes de que tú rigieses el Estado tuvimos un rey llamado Layo.
- EDIPO:** Lo conozco por haberlo oído, pero nunca lo he visto.
- CREONTE:** El dios ordenó claramente que castigemos con violencia a los culpables de su asesinato.
- EDIPO:** ¿En qué parte del mundo están? ¿Dónde podrá hallarse el rastro de un antiguo crimen? Será difícil de averiguar.
- CREONTE:** La impronta se halla en esta tierra. Lo que se busca se encuentra. Lo pasado por alto se escapa. Esas fueron las palabras del dios.
- EDIPO:** ¿Halló Layo la muerte en casa, en el campo, o viajando por otro país?
- CREONTE:** Marchó, según dijo, con una embajada, y jamás regresó a casa.
- EDIPO:** ¿Y ningún mensajero ni compañero de viaje supo lo ocurrido? Alguien debe saber algo.
- CREONTE:** Todos fueron muertos excepto uno, que huyó despavorido y nada pudo decirnos con claridad.
- EDIPO:** ¿Qué fue? Si pudiésemos hallar un pequeño principio de esperanza, podríamos descubrir mucho.

- CREONTE:** El hombre que encontraron unos ladrones y le dieron muerte; no fue obra de un solo hombre.
- EDIPO:** ¿Cómo un ladrón realizó tal hazaña sin ayuda del dinero de la ciudad, dinero y traición?
- CREONTE:** Eso se creía. Pero, muerto Layo, nadie quedó para ayudarnos en nuestra desgracia.
- EDIPO:** ¿Qué desgracia tan grande te impidió indagar el regicidio?
- CREONTE:** La Esfinge y sus acertijos nos indujeron a descuidar los crímenes misteriosos y a buscar remedio a los problemas que nos acuciaban.
- EDIPO:** Yo lo sacaré nuevamente a la luz. El rey Febo se ocupó merecidamente del muerto, y tú dignamente también. Veréis pues también en mí justamente a un aliado, a un paladín que vengará a mi país y al dios. Pues cuando aleje la mancha de esta tierra no defenderé a amigos lejanos, sino que serviré mi propio interés. Quien asesinó al rey tal vez podría matarme con su mano. Así pues, ayudando al rey muerto, me ayudó a mí mismo. Venid, hijos, tomad vuestros ramos de suplicantes y marchaos; levantaos de las gradas. Congregad a la asamblea para que se reúna y sepa que yo voy a disponerlo todo. El dios dispondrá si triunfaremos o fracasaremos.

(Edipo y Creonte entran en el palacio.)

SACERDOTE: Levantaos, hijos. Esto vinimos a buscar y el propio rey nos lo ofrece ahora. ¡Ojalá Febo, el que nos trajo el oráculo, acuda a rescatarnos y ponga fin a la epidemia!

(Salen y entra el Coro de ancianos tebanos.)

CORO:

ESTROFA

¿Cuál es la dulce palabra del dios llegada desde el santuario de Pito, rico en oro, para la gloriosa Tebas? Mi ánimo está tenso por la duda, y el terror y el temblor atenazan mi corazón, Oh, Delios el Sanador^[11]; y ruego temeroso por la obligación nueva que me vas a imponer inmediatamente o después con el transcurrir de los años. ¡Háblame, voz inmortal, hija de la áurea Esperanza!

ANTISTROFA

Primero te invoco, inmortal Atenea, hija de Zeus, y a Artemisa, protectora de la Tierra, sedente en el trono al que los hombres llaman Fama y está situado en el centro del ágora, y a Febo, que lejos dispara su saeta. Venid a nosotros, tres protectores frente al sino. Si anteriormente lograsteis arrojar de nuestra tierra la destrucción de la llaga cuando la ruina se cernió sobre el Estado, presentaos también ahora.

[11] Nacido en la isla de Delos, el apodo de Apolo era el «Sanador» porque evitaba las plagas.

ESTROFA

Nuestras penas son innumerables; toda la madera de la nave está podrida; no existe la lanza de la reflexión para expulsar la plaga. No crecen niños en esta noble tierra; las mujeres no tienen que soportar el dolor del parto. Uno tras otro, como raudas aves, con más fuerza que el fuego desatado, puedes ver que se precipitan hacia la costa del dios de Poniente.

ANTISTROFA

Los moradores de la ciudad perecen en incontable número. Sus hijos nacidos yacen sin compasión en la tierra desnuda, portadores del contagio. Y madres y esposas de cabellos canos gimen y suplican en las gradas del altar. Resuena el himno al dios sanador^[12] y al mismo tiempo se oyen lamentos. Líbranos con rostro alegre de estos sufrimientos, oh, dorada hija de Zeus.^[13]

ESTROFA

No entrechocan los escudos de bronce, pues nuestra lucha es contra el dios de la guerra,^[14] que se adorna con los gritos de los hombres, un dios salvaje que nos abrasa; que se dé la vuelta en su carrera, lejos de los confines de la patria, bien hacia el inmenso palacio de Anfítrite^[15] o a donde las olas del mar tracio niegan fondeo a los

[12] Apolo.

[13] Atenea.

[14] Ares.

[15] Antigua diosa del mar en calma que se convertiría en consorte de Poseidón.

forasteros. Lo que escapa a la noche deja algo para el día. Destruye al dios de la guerra, padre Zeus, con tu trueno, pues eres el señor del rayo que trae el fuego.

ANTISTROFA

Quisiera tener como protectoras tus invencibles saetas, rey Liceo,^[16] que vuelan desde cuerdas trenzadas en oro, y también las llameantes antorchas de Artemis con las que corre por los montes de Licia. Exhorto al dios del turbante dorado,^[17] el que da nombre a esta patria nuestra, al dios báquico de semblante rojizo,^[18] al evio,^[19] compañero de las ménades,^[20] para que combata al dios que nos abrasa con su tea ardiente, pues el dios que es nuestro enemigo es un dios deshonrado entre los dioses.

(Sale Edipo y se dirige al coro.)

EDIPO: Me suplicas. Si quisieses escuchar mis palabras, aceptarlas y luchar contra esta plaga, hallarías fuerza y alivio a tu desgracia. Escúchame. Lo que te digo, te lo digo como alguien que nada tiene que

[16] Apolo, cuyo título *Lykios* significa «dios de la luz».

[17] Dionisios, dios de la vendimia y del vino, que nació de Zeus y de una mujer tebana, la primera ciudad griega que lo veneró. Lleva un turbante oriental porque ha venido del Este.

[18] Se refiere a Dionisos, que tenía una complexión joven y sonrosada. Baco significa «dios pendenciero».

[19] Dionisos, llamado Evios, pues sus seguidores se dirigían a él con el grito ritual «evoi».

[20] Seguidoras femeninas de Dionisos.

ver con este relato ni con este hecho. Porque ni yo mismo podría seguir mucho tiempo la pista sin un rastro. Pero ahora, puesto que todo ha terminado, he venido a ser un ciudadano entre vosotros, ciudadanos; ahora proclamo a todos los tebanos que a aquel de vosotros que sepa a manos de quién murió Layo, hijo de Lábdaco, le ordeno que me lo revele todo aunque tema que sobre su cabeza recaiga la culpa, pues ningún castigo sufrirá y saldrá indemne de esta tierra. O si conoce al autor, a otro, un forastero, que diga la verdad. Yo le recompensaré y le mostraré gratitud. Pero si calláis y quizá alguno tema por un amigo o por sí mismo y rechaza mis palabras, escuchad lo que les haré. Prohíbo que ese hombre, quienquiera que sea, que en este país cuya soberanía y trono poseo, sea acogido o que le dirijan la palabra; y prohíbo que lo reciban o lo convoquen para súplicas o sacrificios a los dioses, o que le den agua para sus abluciones. Ordeno que todos le expulsen de sus casas, pues es una mancha para nosotros según me lo acaba de revelar el oráculo del dios Pitio.^[21] Así pues, me erijo en paladín del dios y del muerto. ¡Y sobre el asesino lanzo esta maldición, tanto si es un hombre desconocido o varios, que consuma su vida entre miseria! Y si está bajo mi techo y yo tengo conocimiento de ello, que padezca

[21] Apolo.

mi maldición. Y a vosotros os encargo que cumpláis todas estas cosas por mí, por el dios, y por esta patria destruida y malograda por los dioses. Aun cuando la acción que llevamos a cabo no hubiese sido ordenada por un dios, sería impuro que la dejaseis sin reparación, pues ha muerto un hombre excelente y un rey. Buscadlo, pues. Ahora que yo ostento el poder que antes tuvo él, que poseo el lecho y la mujer igualmente fecundada por los dos, y hubiésemos tenido hijos comunes si su linaje no se hubiera malogrado —pero la adversidad se lanzó sobre su cabeza—, por todo ello lo defenderé como si fuese mi padre, y no escatimaré medios tratando de capturar al asesino de Layo, hijo de Lábdaco, descendiente de Polidoro y de su antepasado Cadmo, y de Agenor antes que él. ¡A quienes no me obedezcan, que los dioses no permitan que brote ni cosecha alguna de su tierra ni hijos de sus mujeres; que un sino como este o incluso peor los consuma! ¡Y a los demás tebanos, a quienes agraden estas palabras, que la Justicia como aliada y todos los dioses vivan con vosotros y os bendigan ahora y siempre!

CORIFEO: Como me has atrapado en mi juramento, hablaré. No maté al rey ni puedo señalar al asesino. Pero ya que Febo inició esta búsqueda, debe decir quién lo ha hecho.

- EDIPO:** Ciertamente, pero ningún hombre puede obligar a los dioses contra su voluntad.
- CORIFEYO:** ¿Puedo decir lo que creo en segundo lugar?
- EDIPO:** Y si hay un tercer lugar, no dejes de decirlo.
- CORIFEYO:** Sé que lo que el noble Tiresias ve es a menudo lo mismo que Apolo. Si a él preguntas, obtendrás una respuesta más clara.
- EDIPO:** No he sido tardo ni siquiera en mis acciones. Tras oír a Creonte, he enviado dos mensajeros. Me extraña que el profeta no esté aquí hace rato.
- CORIFEYO:** Al margen de su arte, solo existe un viejo rumor.
- EDIPO:** ¿Cuál es? Yo atiendo todos los rumores.
- CORIFEYO:** Se dijo que murió a manos de unos caminantes.
- EDIPO:** También yo lo oí, pero nadie vio al asesino.
- CORIFEYO:** Si tiene un poco de miedo, al criminal le flaqueará el ánimo tras oír tu maldición.
- EDIPO:** Quien no teme los hechos tampoco teme la palabra.
- CORIFEYO:** Ahí está quien lo descubrirá. Tus hombres traen al divino profeta, único mortal en quien la verdad es innata.

*(Entra Tiresias con los enviados por Edipo.
Lo acompaña un niño.)*

EDIPO: Tiresias, tú estás versado en todo, lo que se puede enseñar y lo que es secreto, lo celestial y lo terrenal. No ves, pero tu mente comprende la plaga que asola nuestra ciudad. Señor, te reconocemos solo a ti como paladín que puede salvarnos. Quizá no lo hayas oído a los mensajeros, pero Febo contestó a nuestros embajadores con un oráculo declarando que la única liberación de esta pestilencia nos llegaría si, tras conocer los nombres de los asesinos de Layo, les dábamos muerte o los desterrábamos de nuestra patria. No desdeñes el sonido de las aves ni ningún otro oráculo, sálvate a ti mismo y a la ciudad, sálvame a mí, y líbranos de la pestilencia que nos invade a causa del muerto. Estamos en tus manos; no hay tarea más noble que un hombre prestando servicio con los medios a su alcance.

TIRESIAS: ¡Ay, cuán terrible es ser clarividente cuando no beneficia a quien los es! Bien lo sabía ya, pero lo había olvidado, de lo contrario no habría venido aquí.

EDIPO: ¿Qué sucede? ¿Qué abatido estás ahora que has venido!

TIRESIAS: Déjame ir a casa. Será más fácil soportar para los dos nuestro sino si sigues mi consejo.

EDIPO: ¿Nos privas de tu don de la profecía?
Hablas como alguien que no se cuida de la
traición ni ama la ciudad que lo crio.

TIRESIAS: Porque veo que tus palabras no son las
correctas, de modo que temo las mías.

(Hace ademán de retirarse.)

EDIPO: ¿No nos dejes, por los dioses, si sabes algo,
puesto que te lo pedimos todos los que
aquí estamos como suplicantes!

TIRESIAS: Todos habéis perdido el juicio. Nunca
revelaré mis desdichas para no conver-
tirlos en tuyas.

EDIPO: ¿Qué quieres decir? Sabes algo, pero te
niegas a hablar. ¿Nos traicionarías y des-
truirías la ciudad?

TIRESIAS: No deseo cargar de dolor a los dos, a ti o
a mí. ¿Por qué pierdes el tiempo y gastas
saliva interrogándome? No te enterarás
por mí.

EDIPO: ¿Irritarías a una roca! Dinos, villano, y
no te quedes ahí mudo sin conmoverte y
remoloneando.

TIRESIAS: Me culpas por mi obstinación sin ver la
que vive en ti; me censuras.

EDIPO: ¿Quién no sentiría la cólera al oír palabras
como estas con las que perjudicas a
nuestra ciudad?

- TIRESIAS:** Las cosas llegarán por sí mismas, aunque yo las oculte y calle.
- EDIPO:** Pues bien, debes manifestarme incluso lo que está por llegar.
- TIRESIAS:** No diré. Frente a esto, irritate cuanto desees.
- EDIPO:** Sin duda estoy encolerizado y no retiraré nada de lo que pienso. Has de saber que creo que tú maquinaste el crimen y lo llevaste a cabo dándole muerte con tus propias manos. Si tuvieses ojos, diría incluso que fuiste tú el asesino.
- TIRESIAS:** ¿De veras? Entonces te insto a que mantengas tu edicto y que no nos dirijas la palabra ni mí ni a estos desde hoy; tú eres la pestilencia de esta tierra.
- EDIPO:** ¡Con qué desvergüenza lo aseveras!
¿Cómo crees que escaparás?
- TIRESIAS:** Lo he hecho. He escapado; amo la verdad y esa es mi fuerza.
- EDIPO:** ¿Y quién te ha enseñado la verdad? No tu arte, sin duda.
- TIRESIAS:** Tú me enseñaste, pues me empujaste a hablar contra mi voluntad.
- EDIPO:** ¿Hablar qué? Dilo de nuevo para que lo aprenda mejor.
- TIRESIAS:** ¿No lo entendiste antes o quieres provocarme para que hable?

- EDIPO:** No lo entendí como para decir que me he enterado. Dilo de nuevo.
- TIRESIAS:** Afirmo que tú mataste al rey cuyo asesino buscas.
- EDIPO:** No dirás impunemente dos veces tales calumnias.
- TIRESIAS:** ¿Quieres que diga más para seguir irri-tándote?
- EDIPO:** Di cuanto gustes, pues será en vano.
- TIRESIAS:** Afirmo que convives sin saberlo y de forma ignominiosa con quienes más quieres y que no ves en qué calamidad estás.
- EDIPO:** ¿Crees que vas a seguir hablando así y vivir después?
- TIRESIAS:** Sí, en caso de que la verdad tenga alguna fuerza.
- EDIPO:** La tiene, salvo para ti. Para ti no la tiene, pues padeces ceguera en los oídos, la mente y los ojos.
- TIRESIAS:** Eres un pobre infeliz lanzándome los vituperios con los que todos pronto te asae-tearán.
- EDIPO:** Tu vida es una noche continua, de modo que no puedes herirme a mí ni a nadie que vea la luz.

- TIRESIAS:** No es tu destino que yo sea tu ruina;
Apolo se basta para ello; a él corresponde
llevarlo a cabo.
- EDIPO:** ¿Es esta quimera de Creonte o tuya?
- TIRESIAS:** Creonte no es dolor para ti, sino tú
mismo.
- EDIPO:** ¡Riqueza, poder y saber que aventajas a
cualquier saber en una vida envidiada!
¡Cuántos celos albergan vuestros pechos si
a causa de este poder que me confió como
un don la ciudad sin que yo lo pidiese,
Creonte, el leal, el amigo desde el prin-
cipio, desea expulsarme deslizándose a
escondidas, tras sobornar a un hechicero,
maquinador y charlatán falaz, que solo
ve las ganancias y es ciego en su arte!
Dime, ¿en qué fuiste un oráculo certero?
¿Por qué no proferiste palabra alguna
que liberase a estos ciudadanos cuando
la perra cantora estaba aquí? Y el acertijo
no era para que lo juzgase cualquiera
que se presentase; requería artes adivina-
torias que tú no mostraste, ni procedente
de las aves ni conocida de dios alguno.
Yo, Edipo, el que nada sabía, llegué y la
callé con mi habilidad, no por haberlo
aprendido de los pájaros. A mí tratas de
expulsarme creyéndote más cerca del
trono de Creonte. Creo que tú y quien
esto ha urdido tendréis que purificaros
entre lamentos. Si no te viese como a un
anciano, el sufrimiento te habría enseñado
que en tu corazón anida la traición.

CORIFEO: Escuchamos las palabras de este hombre y las tuyas, Edipo, y han sido dichas con cólera. Pero no necesitamos palabra airadas, sino pensar en cómo resolver el oráculo del dios de la mejor manera.

TIRESIAS: Aunque seas el rey, tengo al menos derecho de réplica con palabras semejantes. Lo tengo porque no soy siervo tuyo, sino de Loxias, y no podré seguir a Creonte como a mi patrón. Puesto que me has echado en cara mi ceguera, te diré: aunque tengas vista, no ves cuánta es tu desgracia, ni dónde moras, ni con quiénes vives. ¿Acaso sabes de quiénes descienes? Sin saberlo eres odioso para los tuyos, tanto para los de abajo como para los de la tierra. La maldición de tu madre y de tu padre que por ambos costados te acomete, algún día te expulsará con paso terrible de esta tierra, y tú, que ahora ves con claridad, vagarás por las tinieblas. ¡Qué lugar no acogerá tus gritos! ¡Qué Citerón^[22] no los recogerá cuando comprenda el aciago matrimonio en el que fondeaste en tu propio hogar tras una venturosa navegación! Y no ves todos los males que te igualarán a tus hijos. Tras esto, ultraja a Creonte y a mi palabra, pues la miseria te aniquilará como a ningún otro mortal.

[22] Macizo montañoso, hoy llamado Elatiás, situado en la zona central de Grecia entre el Ática al Sur, Beocia, al Norte, y Megara. Allí fue abandonado Edipo en su infancia, y es muy famoso en las leyendas por las musas que se decía que habitaban allí y por el culto que se rendía a Dionisos.

Fin de la edición promocional